

Revisión de la Argentina

JULIÁN MARÍAS

Hay dos tentaciones engañosas: la primera es creer que los países permanecen y son siempre idénticos consigo mismos; la segunda, en vista de que la vida humana y la historia consisten en variación, sustantivar el cambio y no ver la permanencia. La vieja fórmula *ea-dem sedaliter*, lo mismo pero de otra manera, es la justa. Si en vez de hablar de *identidad* se pone en su lugar *mismidad*, se entienden mejor las cosas humanas y no se las falsea. Hace cuarenta años que hice mi descubrimiento personal de América, la del Norte y la del Sur, los Estados Unidos y la América hispánica. Desde entonces he vuelto innumerables veces a la mayor parte de los países de ese continente y siempre he recibido una impresión compleja de variación que no excluye la permanencia. Cada uno de estos países conserva el mismo «sabor», aunque se deslicen siempre nuevos matices, aparezcan o desaparezcan algunos ingredientes y, sobre todo, varíe la proporción de ellos. Cuando escribí un segundo libro sobre los Estados Unidos, publicado en 1968 (*Análisis de los Estados Unidos*), observé que, casi todo lo que había dicho en el primero (*Los Estados Unidos en escorzo*), escrito entre 1951 y 1956, editado

en esta última fecha, *seguía siendo verdad*, aunque había muchas novedades. Cuando se publicaron juntos en inglés, encontré que resultaba un efecto históricamente muy dramático. En cuanto a los países de la América de lengua española, su realidad es insuficiente: la verdadera y efectiva es la del conjunto, incluyendo España, que es el vínculo común o, si se prefiere, la clave de bóveda; con otro nombre, el mundo hispánico. Pero no es menos cierto que los diversos países hispanoamericanos tienen personalidades muy acusadas, no son equivalentes y cada uno de ellos tiene su «sabor» propio y su repertorio de problemas, dificultades, posibilidades y proyectos. El error es pensar que todo eso lo tienen *solos*, cada uno por sí y aisladamente. Pero no es menos falso unificarlos abstractamente sin advertir las enormes diferencias. Es el equivalente de confundir los instrumentos de una orquesta.

Ahora he vuelto a visitar la Argentina, que conocí por primera vez en 1952 y desde la segunda, diez años después, he visto con tanta frecuencia que he perdido la cuenta de mis viajes. A pesar de su historia agitada, a veces

convulsa, de las ráfagas de discordia que la han cruzado, la Argentina es siempre la misma y se percibe a lo largo de cuatro decenios el mismo sabor, que es lo propio de un verdadero país. Lo que pasa es que la continuidad de la vida privada y cotidiana y la discontinuidad de la vida pública inducen fácilmente a confusión. Siempre se sorprende la distancia que media entre la imagen que circula de la Argentina y la realidad que se encuentra cuando uno se sumerge en ella. Pocos días antes de mi viaje vi en la televisión española un programa sobre ese país; mi conocimiento previo y bien antiguo me hizo ver que era extraordinariamente deformador y desorientador; desde la llegada resultó esto aún más llamativo. Hace muchos años que la imagen *exterior* de la Argentina está perturbada por los intereses políticos, que hacen circular diversas caricaturas. Los argentinos tienen bastante responsabilidad en ello, porque sus discordias han hecho que diversas fracciones acumulen reproches y condenaciones sobre grupos adversos, con mayor o menor justificación, casi siempre con exageración. Fuera de la Argentina eso se ha recogido, potenciado, exagerado un poco más y proyectado *sobre el país en su conjunto*, sobre la Argentina como tal, sin distinción. Los españoles sabemos -o deberíamos saber- mucho de esto.

Hay un hecho incontestable: el descenso de la Argentina como nación, la pérdida de su fantástica prosperidad y en cierta medida de su prestigio, en el último medio siglo. Y ello a pesar de que los «datos» positivos, los recursos reales, permanecen. El mismo territorio extenso y fértil, con riquezas naturales muy considerables, una población moderada y de alto nivel, desde la biología hasta la cultura. Y además hay que añadir que hay una estabilidad familiar y moral probablemente superior a la de la mayoría de los países americanos y europeos. Hay en la Argenti-

na una presencia menor, bastante soportable, de los problemas más lamentables de estos últimos decenios. Si no me equivoco, persiste una religiosidad superior a la que suele encontrarse y, además, homogénea y generalizada, no reducida a lo muy popular o, por el contrario, a los estratos más favorecidos. Se conserva, en grado sorprendente, la convivencia, la simpatía ambiente, la curiosidad intelectual, el gusto por la lectura y la música, los buenos periódicos. Hay grandes minorías con un nivel más alto que el de casi todo el mundo, incluida Europa.

Si esto es así, ¿por qué se ha producido el evidente decaimiento? Tal vez hubo un exceso de satisfacción y petulancia, un sentido de «seguridad» que olvidó que la vida humana es esencial inseguridad. También una dosis de desinterés por el resto de la América hispánica -la impresión de «no tener que ver mucho con ella», como México por motivos opuestos-. El Estado argentino era, probablemente, demasiado fuerte para América, donde no hay propiamente «naciones» al no haber relaciones de extranjería, y por ello propenso a la «inflamación» del nacionalismo. Lo decisivo fue, sin duda, la discrepancia entre dos Argentinas: la antigua, patricia, que había sin duda hecho el país y estaba instalada en su prosperidad y distinción, y del otro lado, la nueva, de inmigración reciente y *heterogénea*, de aluvión, superpuesta a la de origen español -también en parte española, pero posterior a la independencia, con predominio gallego y asturiano, a diferencia de la antigua, andaluza,

castellana, vasca-. Esta Argentina, activa, ambiciosa, pedía su puesto y su plena participación. Y así se llegó al innecesario conflicto. ¿Innecesario? -se dirá-. Se hubiese podido evitar si no hubiera surgido la *inercia* de la vieja Argentina y la *impaciencia* de la nueva. Intervinieron la demagogia y el rencor, la propensión a las interpretaciones

«Hay un hecho incontestable: el descenso de la Argentina como nación, la pérdida de su fantástica prosperidad y en cierta medida de su prestigio en el último medio siglo. Y ello a pesar de que los recursos reales permanecen.»



negativas: la «oligarquía». El desdén ante lo vulgar, que impedía ver el fondo de razón y justicia. Esto llevó -es bien notorio- a una política demagógica, que precipitó la destrucción de la economía y, por otra parte, la retracción de las porciones mejor dotadas del país. La propensión a mirar hacia dentro, que en tiempos fue narcisismo, se convirtió en preocupación pesimista, que ha impedido darse cuenta de los cambios del mundo en que la Argentina está. Y esto ha llevado a nociones grotescas, como los «no alineados» o el «tercer mundo».

Sobre este fondo se pueden comprender las intervenciones militares, inevitables, deseadas aunque no deseables, de las que luego, por supuesto, se reniega. Lo grave es que no se aprovechó su pausa para organizar una política a la altura del tiempo, no fundada en organizaciones y

partidos fósiles. Esto ha llevado a sucesivas pérdidas del tiempo, que políticamente parecía no pasar, de manera que al cabo de cada paréntesis se estaba como antes y era menester volver a empezar.

No se ve lo suficiente que las dos Argentinas se han acercado enormemente. La antigua ya no es privilegiada ni petulante. La nueva es ya bastante antigua, porque desde hace medio siglo apenas hay inmigración; es plenamente argentina, sea cualquiera su procedencia. En suma, *no hay motivo de discordia*, y si quedan restos de ella es por inercia, reavivada por los que tienen interés en que exista. Hace muchos años dije que la Argentina necesitaba «la digestión liberal del peronismo». Esto se pudo hacer al restablecerse la democracia, pero no se hizo, precisamente por falta de liberalismo. Paradójicamente, ahora es cuando se está



«Hace muchos años que la imagen exterior de la Argentina está perturbada por los intereses políticos, que hacen circular diversas caricaturas.»

iniciando esa empresa y por eso hay un horizonte abierto, con posibilidades que sólo reclaman realización.

Hay que sustituir ese fantasma que se llama «América Latina» por la realidad que es el mundo hispánico o ibérico, que, por supuesto, incluye España y Portugal. La Argentina está vinculada intrínsecamente a él y desde él a Occidente en su integridad, con sus dos lóbulos inseparables, europeo y americano. Hay que percatarse de la irreductible realidad de cada país hispánico y a la vez de su insuficiencia para vivir desde una pluralidad que se está aproximando al medio millar de millones de personas, con pluralidad y variedad de problemas y posibilidades, con una admirable y casi inconcebible *transparencia* lingüística (entre el español y el portugués la relación es traslúcida). Y hay que añadir algo con lo que no se cuenta, porque no se refleja en estadísticas: la *vitalidad* y, todavía más, una do-

sis infrecuente de *lirismo*, que no ha sucumbido al prosaísmo dominante en gran parte del mundo.

Si cada argentino hace lo que tiene que hacer, con rigor y lo mejor posible; si hace un esfuerzo como en los primeros tiempos; si afirma enérgicamente la *concordia*, sin tolerar los grupos destructores; si acepta unas cuantas renunciaciones y

sacrificios; si se aprovechan todas las capacidades para que den el máximo rendimiento; si se restablecen las jerarquías de la estimación; si se evita el olvido, que disminuye peligrosamente el espesor del presente; si no se cae en ningún endiosamiento automático y falso, la Argentina será lo que en el fondo es. Hay síntomas de que esto empieza a ocurrir. Si se mira -nada es más importante y menos frecuente-, se ve. Buenos Aires es una ciudad agradable y llena de vida, más limpia y decorosa que hace pocos años; la calle Florida no

«Si cada argentino hace lo que tiene que hacer; si afirma la concordia; si acepta unos cuantos sacrificios; si se aprovechan todas las capacidades, Argentina será lo que en el fondo es. Hay síntomas de que esto empieza a ocurrir.»



ha recobrado su esplendor, pero está en camino de ello. Se empieza a preferir incluso dentro de las diversas fracciones políticas, a los mejores. Hace falta que las minorías que pueden y deben orientar a los demás -éste es su servicio propio- tengan generosidad y modestia. Siempre hay que distinguir entre los países y aquellos que hablan en su nombre, muchas veces sin mandato ni mérito para ello. Tienen que abrirse, aprovechar todo lo valioso que se ha logrado en el mundo y de modo primario e inmediato lo que se ha pensado y escrito en español, porque es rigurosamente «propio»; también, claro está, en España, que en este siglo no es poco. Se dirá que gran parte de ello no se posee ni asimila tampoco por los españoles. Pero no es inteligente imitarlos en lo malo y no en lo creador.

Julián Marías es filósofo y escritor. Académico de la Española y de la de Bellas Artes de San Fernando